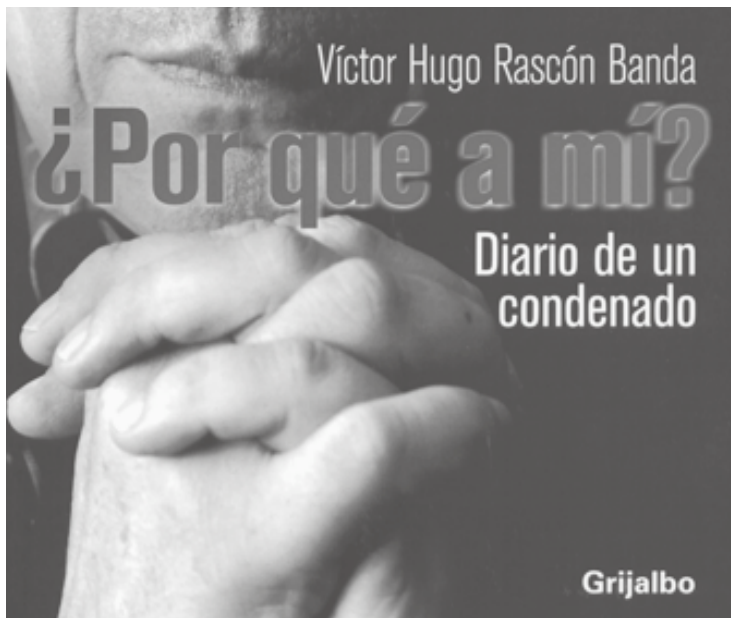


Víctor Hugo Rascón

Diario de un condenado

Ignacio Solares



¿Por qué a mí?, se pregunta Víctor Hugo Rascón Banda, y todos lo sabemos, tendremos que hacernos la misma pregunta. Por lo tanto, como en las reuniones de alcohólicos anónimos en que todos dicen: soy fulano de tal y soy alcohólico, aquí podemos todos decir: soy fulano de tal y tarde o temprano voy a morir.

Por eso, lo que más me llamó la atención del libro de Víctor Hugo es su sentido y su necesidad de trascendencia, seguro de que sólo lo que da sentido a la muerte, le da sentido a la vida. Por eso, también, en este “Diario de un condenado” aparece Dios una y otra vez, la búsqueda de Dios, la necesidad de un Dios. Y, curiosamente, en uno de los capítulos en que más se manifiesta es al final de uno que se titula “Anda diciendo Nacho Solares”, en donde reproduce una carta que le envié sobre una visita que le hicimos al hospital Vicente Leñero y yo. Dice:

Leo y releo la nota de Nacho y vagamente recuerdo haberlos oído discutir sobre Dios y el papa en mi cuarto, mientras yo dormitaba. No les presté atención, porque siempre que Vicente, Nacho, el director Luis de Tavira y el dramaturgo José Ramón Enríquez se juntan, se enredan en discusiones que duran todo el día o la noche y a veces hasta un fin de semana, como sucedía en Tepoztlán.

Allá nos reuníamos para discutir qué es el Espíritu Santo, cómo está eso de la Santísima Trinidad, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, o si Judas Iscariote es un maldito traidor o un verdadero santo, porque él cumplió la voluntad de Dios al entregar a Jesús y se sacrificó para que éste pudiera vivir su calvario; para hablar de Juan Pablo II, quien no les gusta nada porque dio marcha atrás a las nuevas posiciones de la Iglesia. Discuten, en fin, sobre san Agustín, sobre el *Opus Dei*, sobre el Santo Grial.

Y yo me aburro. Yo no tengo dudas. Creo y ya. Punto. Ellos ejercitan su intelecto, debaten ideas, mientras yo les sirvo botanas, refrescos y vino tinto, cambio los ceniceros y me alejo, me recuesto bajo el sol, junto a la alberca, y miro las flores de mi jardín, las copas de los árboles y los pájaros volando muy alto en el cielo azul y pienso qué verde tan brillante, qué nubes tan violetas, qué flores tan perfumadas, qué aire tan suave, y me siento tranquilo, sereno, muy sereno. En paz. ¿Existe Dios? Debe estar cerca.

Que otros discutan de Dios. Yo no me atormento llenándome de dudas; pienso ahora en este cuarto de hospital.

José Emilio Pacheco dice que seguramente hay por ahí un libro que nos está reservado a cada uno de nosotros porque sólo en él podemos encontrar la salvación. El problema es que quizá nunca lo encontremos o, peor, que quizá ya lo leímos y no

nos dimos cuenta. Por eso creo que —junto con las ricas reflexiones sobre la amistad, sobre el teatro, sobre la Guerra de Irak o la enfermedad misma— el fondo del libro de Víctor Hugo es esa búsqueda de lo “Otro”, por llamarlo así. Y, como en las líneas que leí, de alguna manera lo consigue. De ahí que, al terminarlo, me obligara a hacerme una pregunta muy sencilla. Veámoslo así: ¿cómo podemos poner en duda la existencia de eso Otro, de esa otra dimensión del tiempo y del espacio, de las manifestaciones de lo trascendente, de lo luminoso, que se da especialmente al filo de la muerte, después de los millares de testimonios concordantes recogidos sobre ello? De ser así, entonces lo que habría que declarar inexistente a los ojos de la ciencia es el testimonio humano en general. ¿Qué será en ese caso de la Historia, así con mayúscula? Ahí apunta, como un dardo certero el libro de Víctor Hugo, porque aunque sólo se acepte una parte, una mínima parte, de lo que la tanatología —la ciencia que estudia a los enfermos en estado terminal— adelanta como cierto, hay en ello suficiente material para que adivinemos la inmensidad de la *terra ignota*, cuya exploración no hemos hecho más que empezar. Supongamos que de ese mundo desconocido nos llegue un fulgor visible para nuestros po-

bres ojos corporales. ¡Qué transformación en una humanidad generalmente habituada, diga ella lo que diga, a no aceptar como existente sino lo que ve y lo que toca! No haría falta más para convertir en realidad, viva y operante, una creencia y una fe que, por otra parte, parece encontrarse en la mayoría de los hombres, pero que a menudo no pasa de ser verbal, abs-

tracta e ineficaz, en tanto no se llega, como en este “Diario de un condenado”, al filo del abismo. Para saber la importancia que tiene esa necesidad permanente y dolorosa de trascendencia, basta observar cómo nos entregamos al placer inmediato. No lo haríamos, o no lo haríamos hasta tal punto, si no viéramos en el placer un asidero contra la Nada, contra el vacío, contra el olvido, en una palabra, como una forma para burlar esa muerte que nos acecha a la vuelta de cada esquina. En verdad, me parece, si estuviéramos seguros de ese Otro mundo, ya no seríamos los mismos. El despertar sería irremediable. Subsistirían los placeres, pero empañados y descoloridos, ya que su intensidad es proporcional a la atención que ponemos en ellos. Palidecerían como la luz de nuestras lámparas ante el sol de la mañana. Como dice Bergson: “El placer sería eclipsado por la alegría”.

Hacia tiempo que no leía un libro en el cual descubriera con tanta claridad ese fulgor de lo Otro, al mismo tiempo que de la alegría misma de vivir, de revivir, como en este libro de Víctor Hugo Rascón Banda. ■

Víctor Hugo Rascón Banda, *¿Por qué a mí? Diario de un condenado*, Grijalbo, México, 2006, 252 pp.

Lo que más me llamó la atención del libro de Víctor Hugo es su sentido y su necesidad de trascendencia, seguro de que sólo lo que da sentido a la muerte, le da sentido a la vida.